

**HUMANITARIO. EL DILEMA.
CONVERSACIONES CON PHILIPPE PETIT**

Rony Brauman
Icaria, Barcelona, 2003,
118 páginas.

La publicación en España del libro de Rony Brauman, *Humanitaire, le dilemme*, cuya edición original francesa es de 1996, es, sin duda, interesante en la medida en que contribuye a enriquecer con un texto clásico la escasa literatura en castellano sobre cuestiones humanitarias, pero plantea algunos asuntos previos. La primera, si en un mundo tan cambiante como el que vivimos y en el que lo “humanitario” se ha visto inmerso en esta vorágine, un texto de 1996, que además es transcripción de unas conversaciones con Philippe Petit, conserva el suficiente interés y actualidad como para merecer su edición en español. Y aquí, sin reservas, la respuesta es afirmativa. El contenido del libro es lo suficientemente denso, motivador, provocador e intemporal como para justificar su edición. Pero, al mismo tiempo, esta constatación positiva tiene un correlato negativo: no parece haberse producido en el mundo humanitario francófono y, sobre todo, en el cercano a Médicos sin fronteras (MSF) ninguna aportación sustantiva al debate humanitario en los últimos años. Esta parálisis en la reflexión humanitaria en el ámbito francófono es preocupante. Francia fue el único país que llegó a tener un Ministerio de Cuestiones Humanitarias que abanderó un cierto tipo de “humanitarismo de estado”, y en el que surgió un nuevo modelo de organizaciones humanitarias desde los años setenta que fueron durante mucho tiempo referencia del movimiento humanitario a escala internacional. ¿Ese modelo a “la francesa” de acción humanitaria ha entrado en crisis? La lectura retrospectiva del libro de Brauman puede servirnos para dilucidar esta cuestión.

La obra tiene entre sus virtudes la de comenzar centrando los valores morales en los que se desenvuelve la acción humanitaria, y en un recorrido histórico sobre los problemas a los que se ha enfrentado el ejercicio de esos valores. El recorrido es, sin duda, sugerente y lleno de informaciones y datos de interés pero, a nuestro juicio, simplifica dos de los hechos en los que se centra gran parte del libro: la actuación de la Cruz Roja Alemana y del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) durante la II Guerra Mundial, y la creación de MSF durante la guerra de Biafra y su posterior evolución. Si en el análisis del primer hecho, verdadero “punto negro” en la historia del humanitarismo y de la Cruz Roja, el autor es muy crítico, no lo es tanto a la hora de analizar la evolución de algunos de los fundadores de MSF hacia un humanitarismo de estado y hacia una politización de la acción humanitaria al servicio de los gobiernos. Obviamente, el autor es crítico con este proceso pero no profundiza en los riesgos de esta utilización lo que, visto en perspectiva, parece importante.

La relación entre humanitarismo y acción política recorre todo el libro y algunas afirmaciones del autor pueden resultar sorprendentes y polémicas. Así, decir que “en el fondo no existe ninguna relación entre el compromiso humanitario y la ideología pacifista. Yo nunca he sido pacifista”, refleja una idea del humanitarismo que no todo el mundo comparte.

El humanitarismo clásico, como bien afirma Brauman, no niega la guerra pero tampoco, como a veces se dice interesada o malévolamente, la defiende. El humanitarismo clásico reconoce que no ha habido día en la historia de la humanidad en que no haya habido algún conflicto, y partiendo de un cierto pesimismo sobre el ser humano, plantea muy pragmáticamente el objetivo de prevenir y aliviar el sufrimiento humano creado por las guerras sobre aquellos que no forman parte de las hostilidades: heridos, prisioneros y población civil. Pero, lo que a veces se olvida es que junto a la dimensión asistencial, de proveer ayuda y suministrar socorros, el humanitarismo, desde su origen, se basa en el derecho y en la defensa del Derecho Internacional Humanitario (DIH) como instrumento que debiera garantizar una cierta protección para aquellos colectivos que no intervienen activamente en los combates. Además, en la historia reciente de la comunidad internacional, otros instrumentos de derecho, como la Declaración Universal de Derechos Humanos o la Convención sobre los refugiados, se han sumado a este enfoque de protección de ciertos derechos y categorías de posibles víctimas. Por tanto, hoy la acción humanitaria se justifica y se legitima en la existencia de estos instrumentos de derecho que constituyen el marco en el que se desenvuelve. Todos estos instrumentos y sobre todo el DIH enfatizan la idea de protección, del libre acceso a las víctimas y de la imparcialidad en el trato como valor fundamental de la acción, al tiempo que imponen una serie de restricciones sobre los medios y los métodos de guerra y sobre el desarrollo de las operaciones militares. Una de las sorpresas del libro es el escaso peso que se da a esta relación básica y consustancial entre el humanitarismo y el derecho.

Sin embargo, que el humanitarismo no entre en el debate sobre la licitud de la guerra no quiere decir que la justifique y mucho menos que la legitime. Tampoco quiere decir que las organizaciones humanitarias o los trabajadores humanitarios sean ajenos o vivan de espaldas a los factores causantes de las guerras y solo se preocupen de sus consecuencias. No, ese “minimalismo humanitario” resulta difícilmente defendible en la actualidad. Las organizaciones humanitarias, como defensoras del DIH y de una visión del ser humano basada en el derecho, debieran estar también atentas al respeto de otros instrumentos de derecho como la Carta de Naciones Unidas y las consideraciones que ésta establece sobre la licitud del uso de la fuerza en los capítulos VI y VII de la misma. La experiencia de las recientes guerras en Kosovo y Afganistán, donde los contendientes manipularon la ayuda humanitaria y la presentaron como un elemento más gestionado por ellos dentro de la estrategia militar, debería hacer reflexionar a las organizaciones humanitarias. La tristemente famosa frase de Toni Blair de que “la guerra tiene tres escenarios: el diplomático, el militar y el humanitario” y el intento de apropiación del discurso humanitario por parte de los ejércitos como modo de justificarse y lavar la

cara frente a las opiniones públicas, junto con el cada vez más frecuente intento de instrumentalización de las organizaciones humanitarias por parte de los Estados, debería hacernos pensar. El silencio de las organizaciones humanitarias o las contradictorias muestras de apoyo a unas “intervenciones” militares y no a otras, también.

En otros apartados, el libro trata de modo brillante aspectos de gran importancia para la acción humanitaria de hoy como la relación con los medios, la visibilidad, la financiación pública de las ONG humanitarias y sus riesgos, o los límites de la ayuda y su impacto en los conflictos. En ellos, con base en la gran experiencia de Brauman, se ofrecen reflexiones de mucho interés que siguen siendo válidas actualmente. Sin embargo, otras como la vinculación del humanitarismo con los derechos humanos o el desarrollo reflejan un cierto pensamiento, a nuestro juicio, contradictorio. Así, cuando se trata el tema de la mutilación genital femenina y el papel de las organizaciones internacionales, Brauman argumenta que “las organizaciones extranjeras, incluso las feministas, no pueden hacer nada en un ámbito tan particular” y que “no pueden actuar directamente; deben hacerlo a través de organizaciones locales”. ¿Por qué en este ámbito se recurre a lo local y en el de la ayuda humanitaria “a la francesa” se enfatiza la figura del expatriado? ¿Por qué este límite por “particularidad” a la defensa de un tema de derechos humanos como éste? Nos parece que en estas cuestiones se observa una cierta incoherencia en el humanitarismo que se propone, y otros autores y ONG han avanzado hacia un humanitarismo con enfoque de derechos que trate de superar algunos de los minimalismos descritos.

Con todo, el libro es absolutamente recomendable. Algunas de las reflexiones y referencias a las bases filosóficas del compromiso humanitario son impecables y muy pertinentes de ser recordadas actualmente, un tiempo en el que cierto humanitarismo ha olvidado la ética y ha degenerado, como dice Larry Minear, en un oportunismo sin principios. En este sentido, la propuesta de Brauman de una verdadera ética para redefinir la acción humanitaria del mañana sigue vigente.

Francisco Rey Marcos